

THEODOR W. ADORNO*
HELLMUT BECKER

EDUCACION PARA LA MAYORIA DE EDAD*



Adorno: La exigencia hacia la mayoría de edad parece comprensible de suyo en una democracia. Quisiera referirme para aclararlo solo al comienzo del muy breve ensayo de Kant que lleva por título *Respuesta a la Pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* Allí define él la minoría de edad e implica también la mayoría de edad en la medida en que afirma que de esta minoría es culpable el hombre mismo cuando las causas de ella no radican en una deficiencia del entendimiento sino de la decisión y el valor de servirse de él sin la dirección de otro. "La Ilustración es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la que él mismo es culpable". A mí me parece este programa de Kant –al que no se podrá reprochar falta de claridad ni siquiera con la más mala voluntad– todavía extraordinariamente actual hoy. La democracia descansa en la formación (expresión) de la voluntad de cada uno tal y como se resume en la institución de la elección representativa. Si de ello no ha de resultar la no razón es que se presuponen la capacidad y el valor de cada uno de servirse de su entendimiento. Si uno no se mantiene firme en esto toda alusión a la grandeza de Kant se vuelve mera palabrería, hipocresía; como cuando a uno se le llama la atención sobre el Gran Elector en la avenida de la victoria. Si se toma en serio el concepto de una tradición espiritual alemana se debe trabajar lo más enérgicamente en sentido contrario.

Becker: Me parece que si consideramos todo nuestro sistema educativo tal y como lo teníamos hasta ahora en la República Federal podemos ver con claridad que con este no somos educados propiamente para la mayoría de edad. Si usted se hace presente el hecho bastante simple de la división de nuestro sistema educativo en escuelas para jóvenes así llamados altamente dotados, en escuelas para así llamados medianamente dotados y en muchas escuelas para apenas capacitados, entonces ya en ella se ha preformado una primera y determinada minoría de edad. Creo que no le hacemos justicia a toda la cuestión de la mayoría de edad si no superamos de antemano a través de la ilustración el falso concepto de talento que determina nuestro sistema de enseñanza. Como probablemente lo saben muchos radioescuchas, hemos publicado recientemente un volumen de certificación del concejo para la instrucción

* Texto tomado de Argumentos No. 14 a 17, 1986. El Documento corresponde a conversación grabada en los estudios de la radio de Hessen, RFA el 16 de julio de 1969. Versión traducida por el profesor Rubén Jaramillo V., del texto Theodor W. Adorno. *Erziehung Zur Mundigkeit*. Suhrkamp. Taschenbuch No. 11, Frankfurt/Maim, 1971, pp. 133-147.

—“Talento y Aprendizaje”— en el cual, con base en 14 conceptos de psicólogos y sociólogos, hemos intentado aclarar que el talento no es algo preformado en el hombre, sino que depende para su desarrollo del desafío a que está sometido el individuo. Esto significa que a alguien se lo puede “dotar de talento”. A partir de esto se debe provocar la posibilidad en cada uno de “aprender por motivación”, una forma especial de desarrollo de la mayoría de edad.

A ello pertenece también por cierto un sistema escolar que en su organización no perpetúe desigualdades vinculadas específicamente a la pertenencia a una determinada clase social, sino que por una superación de barreras en la temprana infancia hace prácticamente posible el desarrollo hacia la mayoría de edad, por la desestructuración de la tradicional división en las tres clases y por una oferta muy diferenciada y pluriforme en todas las etapas, desde el pre-escolar hasta la ulterior formación de adultos, en el individuo. Un proceso que resulta aun más importante en cuanto este individuo ha de mantener su mayoría de edad en un mundo que parece determinar a él en particular por su dirección desde fuera.

Adorno: Quisiera respaldar desde otra perspectiva completamente diferente lo que usted fundamenta en una reflexión específica sobre uno de los problemas pedagógicos más importantes, pues pienso que el sentido de nuestro diálogo es menos que polemismos alrededor de algo sobre lo cual es completamente inseguro si existen controversias a que nos refiramos a las mismas cuestiones y miremos en forma experimental que resulta de ello. Yo he hecho la experiencia, si es que puedo decir algo completamente personal, de que el efecto de mis pro-

pias cosas, en la medida en que lo haya, en verdad nada decisivo tiene que ver con talento individual, inteligencia y categorías similares, sino más bien con el hecho de que yo —por una serie de circunstancias afortunadas de las cuales de ningún modo me quisiera ufanar— no estuve sometido en mi propia formación, a los mecanismos de control de la ciencia, en forma similar a como es el caso corriente. Que yo pues, hoy como ayer, me arriesgo a pensar ideas no respaldadas para las cuales han sido des-acostumbrados la mayoría de los hombres ya desde muy temprano por ese mecanismo todopoderoso de control que se llama Universidad, sobretodo en el período en que son asistentes, como se los llama. Se muestra en esto que la misma ciencia es castrada y esterilizada entonces en cierto modo, a través de esos mecanismos de control en los diferentes campos, de tal manera que ella requiere de aquello que ella misma rechaza para poderse mantener en general. Si eso es cierto, con ello se desmontaría ese fetiche del talento, que naturalmente todavía está relacionado con la antigua creencia romántica en el genio. Esto concuerda también con el hallazgo psicoanalítico de que el talento no es de ningún modo un don natural, si bien se tendrá que conceder en ello un residuo natural —no debemos ser en esto de ningún modo puritanos— sino más bien que talento, como lo vemos un poco en la relación con el lenguaje, en la capacidad de expresión, en todas esas cosas, de su parte en gran me-

da es una función de condiciones sociales, de manera que ya las premisas de la mayoría de edad, de las que depende una sociedad libre, están determinadas por la no libertad de la sociedad.

Becker: No quisiera desplegar aquí otra vez, por decirlo así, todo el arsenal que tiene que ver con ello. Pero se debe decir que, por ejemplo, todo lo que ha averiguado Basil Bernstein sobre el desarrollo del lenguaje del niño pequeño en las capas sociales bajas y lo que ha desarrollado ulteriormente Oevermann para nosotros en Alemania, muestra muy claramente que ya en los comienzos de la socialización se pueden instaurar condiciones para una vitalicia minoría de edad. Por lo demás, me ha divertido escuchar sus explicaciones autobiográficas porque tal vez no es una casualidad el que ambos nos encontremos hoy en el campo de la ciencia aunque no tenemos que registrar ningún proceso típico en esta ciencia y justamente por ello estamos en condiciones de conversar sobre el concepto de la mayoría de edad.

Adorno: Sí, pero lo curioso en el problema de la mayoría de edad, cuando lo centramos realmente alrededor del complejo pedagógico es que también en la literatura pedagógica —algo que resulta verdaderamente aterrador y muy alemán— de ningún modo se encuentra aquel tomar partido en forma decidida por la educación para la mayoría de edad que se debería presuponer.

He examinado con ayuda amistosa un poco la literatura pedagógica en relación con la problemática de la mayoría de edad y en lugar de ella se encuentra allí un concepto adornado de autoridad, vínculo o como quieran llamarse todas esas atrocidades que sabotean el concepto de la mayoría de edad y con ello se oponen no sólo

no sólo implícita sino abiertamente a las premisas de una democracia. Soy de la opinión que estas cosas se ubiquen de una vez en el sitio que les corresponde y se debe mostrar a que clase de ideas superstites hoy como ayer se ve sometida en Alemania una cuestión aparentemente tan arraigada en la problemática del espíritu como la de la mayoría de edad.

Así, por ejemplo, se dice en un libro de Ernst Lichtenstein – “Educación, Autoridad, Responsabilidad. Reflexiones para una Etica Pedagógica”– que, si estoy bien informado, ejerce un gran influjo sobretudo en la discusión sobre la escuela primaria: “¿No nos oprime precisamente la realidad de una impresionante y acelerada decadencia del sentido para la autoridad, el respeto, la confianza, la fe en el orden valedero, la buena voluntad para vincularse en todas las dimensiones de la vida, de manera que con frecuencia pareciera amenazada una educación positiva, constructiva, persuasiva?”. No me quisiera detener siquiera en las frases de que se sirve aquí Lichtenstein. Lo interesante en ello y lo que quizás deberían retener también nuestros radioescuchas es que aquí, no se habla de algo así como vínculo con base en una posición cuya verdad objetiva se presupone y se puede presuponer con razón, como por ejemplo en el to mismo medieval a causa de la situación del espíritu por entonces, sino que aquí, porque quizás por algunas razones particulares el orden y el vínculo sean buenos, se aboga por él sin preocuparse en qué queda la autonomía, es decir la mayoría de edad. Lichtenstein añade 30 o 40 páginas más adelante: “¿Qué significa propiamente ‘autonomía’? Literalmente legalidad para sí mismo, legalidad propia. Eso ya es algo que provoca confusión”. Uno se pregunta,

¿confusión para quién? “Pues al concepto le es inherente... inevitablemente el pensamiento en una razón soberana absolutamente legisladora que también pretendería ser la única medida en materias de educación. Esta premisa del ‘hombr autónomo...’ no la puede consumir el cristiano”. Bueno, Kant era ciertamente un cristiano. “Pero la reflexión histórica prueba también que la idea de una pedagogía con base en la pura razón simplemente es falsa. Las metas de la educación no son nunca posiciones del pensamiento, no son nunca obligatorias desde un punto de vista racional, no valen para la generalidad”. Yo creo que ciertamente se puede hacer una crítica filosófica al concepto de la razón pura y a la ilusión de que el mundo sea el producto del espíritu absoluto, pero no por ello se podrá negar que no de otro modo sino por el pensamiento, y ciertamente por el pensamiento impertérrito e insistente, se puede determinar aquello que sería correcto hacer, la praxis acertada en general. Y que aquí se mezcle sencillamente la crítica filosófica al idealismo con la denuncia del pensamiento lo considero un sofisma espantoso que se debe ubicar en el lugar que le corresponde para aportar finalmente algunas chispas a estas ideas superstites que en lo posible las haga estallar.

Becker: Yo no sé exactamente si ellas pueden explotar, pero...

Adorno: Yo creo que químicamente es posible. Pero si es posible socialmente, no lo sé.

Becker: La cuestión desborda considerablemente a Alemania y al pensamiento alemán. Hace algunos años la prensa americana difundió la noticia exitosa de que Caroline Kennedy “cada día es una niña más y más adaptada”. Que la capacidad de adaptación valga como el mayor éxito de la

educación temprana es un hecho que nos debería hacer reflexionar; pues esta clase de pedagogía ha surgido en un mundo que está bien lejos de las consecuencias del idealismo alemán.

Adorno: Más impregnado por el Darwinismo que por Heidegger. Pero los resultados son muy parecidos.

Becker: Precisamente me quería referir a eso. Creo que el asunto de la mayoría de edad es, tomado con rigor, un problema mundial. Visité durante varias semanas escuelas soviéticas. Me pareció sumamente interesante el ver como en un país que impulsó hace mucho tiempo la transformación de las relaciones sociales de producción, extraordinariamente poco ha cambiado en la no educación de los niños para la mayoría de edad, y que en esas escuelas continua dominando un estilo pedagógico totalmente autoritario. Es realmente un fenómeno interesante de qué manera la educación para la minoría de edad domina el mundo hoy como ayer, aunque el tiempo de la Ilustración está en marcha desde



Kant dibujado por Hagemann

hace algún tiempo y aunque seguramente se podría encontrar algo no solo en Kant sino también en Karl Marx en contra de esa educación para la minoría de edad.

Pues bien, en la cita que usted trajo a cuenta antes me ha sorprendido en especial la constatación de que la idea del hombre autónomo no podría ser *consumada* por el cristiano. Es interesante que todo el movimiento cristiano de reforma de la iglesia de la profesión hasta el concilio gira en creciente medida alrededor del cristiano mayor de edad. No podemos ciertamente incluir aquí los problemas teológicos. Pero se debe por cierto establecer que en las dos iglesias se da una interpretación teológica que toma tan en serio el concepto de la mayoría de edad como es tomado en Kant y a partir de ello cuestiona muy masivamente la estructura tradicional de ambas iglesias.

Adorno: Eso es lo que con seguridad sucede. El propio opúsculo de Kant da un testimonio de ello en la medida en que habla expresamente de que en el interior de la iglesia de su tiempo existirían posibilidades para la mayoría de edad tal y como él las apunta. Pero usted tiene por completo la razón en la medida en que el problema de la mayoría de edad no es solo un problema alemán sino internacional y, como se debe agregar, uno que desborda ampliamente las fronteras de los sistemas políticos. En los Estados Unidos sucede realmente de tal modo que allí entran en contradicción en forma inmediata dos exigencias diferentes: de un lado la de un poderoso individualismo que no se deja prescribir nada, y del otro lado la idea tomada del Darwinismo a través de Spencer de la adaptación, precisamente el *Adjustment* que todavía hace 30 o 40 años en los Estados Unidos era francamente una pala-

bra mágica y que ata y recorta igualmente la misma independencia en el mismo momento en que la proclama. Por lo demás una contradicción que permanece a todo lo largo de la historia burguesa. Que ideologías tan diferentes como el pragmatismo vulgar en los Estados Unidos y la filosofía heideggeriana en Alemania coincidan entonces exactamente en lo mismo, a saber en la glorificación de la heteronomía, es una confirmación de la teoría de la ideología en la medida en que inclusive construcciones espirituales que se contradicen en forma abrupta por su contenido pueden de pronto coincidir por su relación con la sociedad, es decir, por aquello que desean conservar o defender. Así como en general es francamente sorprendente la coincidencia entre el positivismo occidental y lo que todavía queda de Metafísica en Alemania. Estas coincidencias tienden en general propiamente a una declaración de bancarrota de la filosofía.

Becker: Por lo demás, me llamó la atención aún otra cosa en el pasaje que usted leyó antes. ¿Es propiamente correcto el que coloquemos en esta forma Autonomía como concepto contrapuesto al de Autoridad? ¿No deberíamos reflexionar sobre esta relación de otra manera?

Adorno: Yo creo que en general se comete cierto abuso con el concepto de Autoridad. Justamente yo, que finalmente soy esencialmente responsable por la "Authoritarian Personality" —no por el fenómeno que allí se trata— tengo

cierto derecho a indicarlo. En primer lugar, Autoridad es un concepto socio-psicológico que no significa sin más la realidad social misma. Además hay algo así como autoridad objetivamente considerada —es decir, el hecho de que un hombre entiende más de un asunto que otro— que no se puede desconocer sin más. Pero el concepto de Autoridad recibe su valor en el interior del contexto social en que se produce.

Pero quisiera todavía agregar algo más específico ya que usted ha planteado justamente el punto de la autoridad, algo que tiene que ver con el proceso de socialización en la temprana infancia y con ello pues, casi quisiera decir, con el punto de intersección de categorías sociales, pedagógicas y psicológicas. La manera en la cual, hablando sociológicamente, uno se convierte en un hombre autónomo, es decir, mayor de edad, no es simplemente el rebelarse contra toda clase de autoridad. Investigaciones empíricas realizadas en los Estados Unidos, como las llevadas a cabo por mi finada colega Else Frenkel Brunswick, han mostrado precisamente lo contrario, a saber, que los niños así llamados "formales" o "juiciosos" como adultos han llegado a ser más bien hombres autónomos y que saben oponer resistencia, mientras niños díscolos luego, como adultos, inmediatamente se han reunido con sus maestros en la misma mesa de cerveza y se han tragado los mismos discursos. El proceso —Freud lo ha señalado como el desarrollo normal— consiste en el hecho de que los niños en general se identifican con una figura paterna, es decir con una autoridad, la interiorizan y se la apropian y luego, en un proceso muy doloroso y que no se produce sin dejar cicatrices, perciben que el padre, la figura paterna, no corres-

ponde al ideal del yo que han aprendido de él, con lo cual se separan de él y solo de esta manera en general se convierten en hombres mayores de edad. El momento de la autoridad, pienso, se presupone como un momento genético del proceso de hacerse mayor de edad. Pero esto por otra parte no debe ser mal utilizado a ningún precio para glorificar este estadio y mantenerlo, sino que cuando uno se queda en él no solo resultan de ello deformidades psicológicas sino precisamente esos fenómenos de la minoría de edad en el sentido del atontamiento sintético que tenemos que constatar hoy por doquier.

Becker. Creo importante que mantengamos presente el que naturalmente el proceso de separación respecto de esa autoridad es necesario, pero que el hallar una identidad no es de otra parte posible sin el encuentro con la autoridad. Eso tiene toda una serie de consecuencias muy complejas y aparentemente contradictorias para la integración de nuestro sistema de enseñanza. Se dice que no existe una escuela con sentido sin maestro, que de otra parte el maestro tiene que ganar claridad respecto de que su principal tarea consiste en hacerse superfluo. Esta coexistencia es tan difícil porque en las formas de controversia hoy existe el peligro de que el maestro se comporte autoritariamente, y los escolares quieren ignorarlo. Que, por decirlo así, todo este proceso, tal y como usted lo ha descrito ahora, sea prácticamente destruido por una falsa ubicación de los frentes. El resultado es entonces una mayoría de edad aparente de los escolares, que termina en superstición y en la dependencia respecto de toda clase de manipulaciones posibles, pero no en la mayoría de edad.

Adorno: Estaría por completo de acuerdo. Quizás se puede ver hoy el problema de la minoría de edad bajo otro aspecto que probablemente no es tan conocido. Se dice en general que la sociedad, según una expresión de Riesman, "es dirigida desde fuera", que ella es heterónoma, y simplemente se presupone con ello que los hombres, como lo dice también Kant en aquel escrito, se tragan más o menos sin resistencia lo que el ente sobretodopoderoso les pone ante los ojos y además todavía les inculca, como si lo que ahora es así necesariamente tendría que serlo.

Decía en antes que los mecanismos de la identificación y de la separación no acontecen sin dejar cicatrices. Quisiera aplicar esto con énfasis al concepto mismo de la identificación. Todos nuestros radioescuchas habrán oído algo del concepto de rol, que juega un papel tan grande en la sociología actual a partir de Merton y sobre todo de Talcott Parsons, sin que en general los hombres caigan en cuenta de que en el concepto del rol mismo, que ha sido tomado precisamente del teatro, se alarga la no-identidad de los hombres consigo mismos. Esto significa que si el rol se convierte en una medida social se perpetúa con ello el que los hombres no son lo que ellos mismos son, es decir, que ellos son no-idénticos. Encuentro abominable la significación normativa del concepto de rol y se debe criticar enfáticamente. Pero fenomenológicamente —esto es, como descripción de una situación de hecho— alberga algo de verdad. Me parece

como si la mayoría de los hombres al identificarse con el Super-yo simultáneamente hubiesen fracasado en ello y no pudiesen liberarse. Me parece que innumerables individuos por ejemplo, interiorizan el padre aplastante, opresor, brutal, que les hace violencia, pero sin que puedan realizar esta identificación, precisamente porque las resistencias contra ello son muy fuertes. Y precisamente porque fracasan en la identificación, porque existen numerosos adultos que propiamente solo juegan a ser el adulto que nunca han llegado a ser del todo, tienen todavía que exagerar en lo posible con estos modelos, hablar con voces adultas solo para hacerse creíbles a sí y a los demás los roles en los cuales propiamente han fracasado. Yo creo que justamente este mecanismo hacia la minoría de edad se encuentra también entre ciertos intelectuales.

Becker. Yo pensaría que no solo entre intelectuales. Si aplicamos una vez el concepto de rol, por decirlo así a lo largo de todo el espectro de la sociedad, nos topáramos con fenómenos similares en todas las capas de la misma. Tome usted la situación en una empresa en donde también el trabajador individual, el aprendiz, el empleado, justamente cuando no está contento con su situación actúa roles, roles que provienen de toda clase de contextos. Creo que si aplicamos todo lo que se sigue a partir de la necesidad de la mayoría de edad a la totalidad del proceso laboral debemos llegar muy rápidamente a transformaciones muy profundas de todo nuestro sistema de enseñanza de oficios. Aquí debo remitirme de nuevo al Consejo para la Instrucción y a las recomendaciones recientemente editadas para la enseñanza de oficios. El hecho de que todavía tengamos en Alemania un programa

de aprendizaje de oficios que –si abstraemos de unas cuantas excelentes grandes empresas– proviene propiamente de una época preindustrial, conduce de hecho a que perpetuemos formas de minoría de edad y que la formación en el lugar de trabajo, todo el así llamado “on the job training” se produce prácticamente en las formas de adiestramiento o en todo caso muy frecuentemente y que, por ejemplo, en las hoy necesarias reorientaciones y reentrenamiento en la agricultura o la minería, etc. –todas ellas cosas que numéricamente juegan un gran papel– nos encontramos ante la gran dificultad de que ciertamente ofrecemos una determinada formación de las materias, pero continuamente fracasamos con esta oferta porque no podemos transmitir al mismo tiempo el comportamiento autónomo, o por lo menos no lo hacemos. Será necesario por ejemplo, cuando alguien que se ha dedicado a la contabilidad y ahora, por la introducción de las máquinas correspondientes se ha hecho innecesario y debe ser entrenado por ejemplo como programador, que no solo aprenda lo que debe hacer allí sino que, por decirlo así, reciba mediado otro horizonte de orientación, otra dimensión del pensamiento. Para ello sería por ejemplo necesario que en lo posible aprenda un idioma extranjero aunque no lo necesita, porque con ello se le abre otro horizonte de experiencia. Esta combinación de formación inmediata con horizonte de orientación que falta prácticamente en todo nuestro sistema de enseñanza para adultos y que yo considero tan significativo porque en un mundo como el de hoy el llamado a la mayoría de edad puede ser algo así como un disfraz para el general ser –mantenido– en la minoría de edad y porque es muy importante traducir la posi-

bilidad para la mayoría de edad en las condiciones concretas de la educación.

Adorno: Si, ciertamente es ese un momento que desempeña un papel. Quisiera, sin pretender poder juzgar en forma obligante sobre ese sector especial, de todos modos agregar que a la mayoría de edad le es propia una cierta consistencia del yo, del vínculo del yo, tal y como se ha formado en el modelo del individuo burgués. La posibilidad que hoy se fomenta y que –como lo concedo– es ineludible, es, en lugar de formar un yo fuerte, aprender a cambiar de acuerdo con situaciones en permanente cambio, lo que armoniza en una forma muy problemática si no me equivoco con los fenómenos de la debilidad del yo que conocemos por la psicología. Si por ejemplo, en individuos en los cuales ya no hay consistencia de una imagen de la propia profesión y así pueden cambiar y acostumbrarse a algo nuevo sin mucho esfuerzo esto realmente favorece la mayoría de edad, o si los mismos individuos no pierden toda reflexión los domingos en el estadio y se muestran como menores de edad, eso quisiera por lo menos dejarlo abierto como problema.

Becker: Creo que no necesito llamarle la atención sobre la *Dialéctica de la Ilustración*, solo quisiera decir que naturalmente el mismo procedimiento que hace posible la mayoría de edad por medio de la emancipación la amenaza de nuevo en sus consecuencias por la debilidad del yo o por el peligro de la debilidad del yo.

Adorno: Si, este peligro es extraordinariamente serio. Creo que con ello llegamos propiamente al punto crítico de nuestra discusión en general. Kant ha respondido en su escrito, del cual he partido, a la pregunta: “¿Vivimos en una época ilustrada?” “No, pero sí en una época de la Ilustración”. Con lo que ha determinado la mayoría de edad no como una categoría estática sino muy consecuentemente como una categoría dinámica, como algo en devenir y no como un Ser. Si hoy todavía podemos decir, de la misma manera, que vivimos en una época de la ilustración, se ha vuelto, en el más amplio de los sentidos, muy problemático ante la presión que se ejerce sobre los hombres simplemente por la organización del mundo y ya por la dirección planificada, también de la esfera íntima, por la industria de la cultura. Si uno no quiere aplicar el término “Mayoría de edad” en un sentido fraseológico e incluso exactamente tan vacío como cuando los otros señores hablan, por contraposición a la mayoría de edad, de “vínculos”, entonces se deben ver primero las indescriptibles dificultades que se oponen en esta organización del mundo a la mayoría de edad. Y yo creo que deberíamos decir algo sobre ello. La razón para eso es naturalmente la contradicción social, el que la organización social en la que vivimos es, hoy como ayer, heterónoma, esto es, que ningún hombre puede existir en la sociedad de hoy según su propia determinación; que, mientras esto es así, la sociedad forma a los hombres por medio de innumerables instancias y canales mediadores; que ellos traigan y aceptan todo desde el interior de esa figura heterónoma que escapa a ellos. Eso llega entonces naturalmente también hasta las instituciones, hasta la discusión sobre la enseñanza política y a

cuestiones similares. Propiamente el problema de la mayoría de edad hoy es como uno –y quien es el “uno” es también ya una gran pregunta– puede oponerse, ofrecer resistencia.

Becker: Tal y como me parece, una de las tareas más importantes en este contexto en la reforma de la escuela es la disolución de la enseñanza según un canon establecido y el reemplazar este canon por una oferta muy variada de material, es decir –como decimos técnicamente– una escuela con una amplia diferenciación para elegir y una amplia diferenciación en el interior de las disciplinas individuales. Todos los “juegos a la mayoría de edad” que han tenido lugar en asuntos como la coadministración de escolares de tipo tradicional recibirán un valor completamente diferente si el escolar como individuo y como grupo colabora en la definición de su plan de estudios y en la elección de sus materias y de esta manera no solo está mejor motivado para el aprendizaje sino también acostumbrado a que lo que sucede en la escuela es la consecuencia de sus decisiones y no de decisiones ya tomadas de antemano. Me resulta del todo claro que naturalmente también este sistema, si se lo utiliza en la forma correspondiente, se puede erigir como una fachada apariencial y se lo puede utilizar en realidad como un elemento tecnocrático de selección. Pero no creo que tenga que desarrollarse así. Me parece que en las formas frecuentemente abstrusas de la oposición de escolares se encuentra hoy un meollo de verdad, el cual se puede –bueno, no quisiera decir “recuperar”, pero sí se le debería dar la respuesta adecuada, en la medida en que se les dé aquí a los escolares que quieren co-determinar el chance de hacerlo en relación con el contenido de su propio plan de estudios.

Adorno: Me parece como si todo ello, con todo y lo deseable que es, permanece demasiado en el marco institucional, sobre todo de la escuela. Quisiera decir –en el peligro de que usted me regañe como el filósofo que finalmente soy– que la figura en la cual se concretiza hoy la mayoría de edad –la cual no se puede sin más presuponer porque ella debe ser establecida en todas, pero realmente en todas las dimensiones de nuestra vida–, que así pues, la única concreción real de la mayoría de edad consiste en el hecho de que los pocos hombres que tienen ese espíritu actúen con toda energía para que la educación sea una educación para la contradicción y el oponer resistencia. Se me ocurre pensar por ejemplo, que en los cursos superiores del Liceo, pero también en las escuelas elementales, se vean películas comerciales en grupo y se les muestre a los escolares muy simplemente qué clase de embuste se muestra allí, cuán falaz es eso; que en forma similar se los inmunice contra ciertos programas matinales como los que todavía existen en la radio, en los cuales los domingos por la mañana se les toca una música satisfecha como si –como se dice tan bellamente– viviéramos en un “mundo sano”, por lo demás una verdadera imagen de angustia; o que se lea con ellos una revista ilustrada y se les muestre de qué manera se los manipula utilizando sus necesidades instintivas. O que un maestro de música que no provenga del movimiento de la música juvenil haga un análisis de la música rock

y les muestre por qué una pieza de esas, o también inclusive del movimiento juvenil, es objetivamente mucho más mala que una frase de un cuarteto de Mozart o de Beethoven o que una pieza realmente auténtica de la nueva música. De tal manera que se intente sencillamente despertar la conciencia de que los hombres permanentemente son engañados, pues el mecanismo de la minoría de edad es hoy el *Mundus vult decipi* elevado a la dimensión planetaria, que el mundo quiere ser engañado. Se podría alcanzar que todos estos complejos se hagan conscientes a todos en el sentido de una crítica inmanente, porque ninguna democracia normal puede permitirse el situarse explícitamente en contra de tal ilustración. Aunque me puedo imaginar muy bien el “Lobby” de la industria cinematográfica que inmediatamente se haría presente en Bonn si se intentara algo parecido y argumentaría que de ese modo se querría hacer la propaganda unilateral de una visión del mundo y de otra parte perjudicar los intereses económicos de la industria cinematográfica tan extraordinariamente importante para la economía alemana. Estas cosas deberían ser incluidas en un proceso real para el fomento de la mayoría de edad.

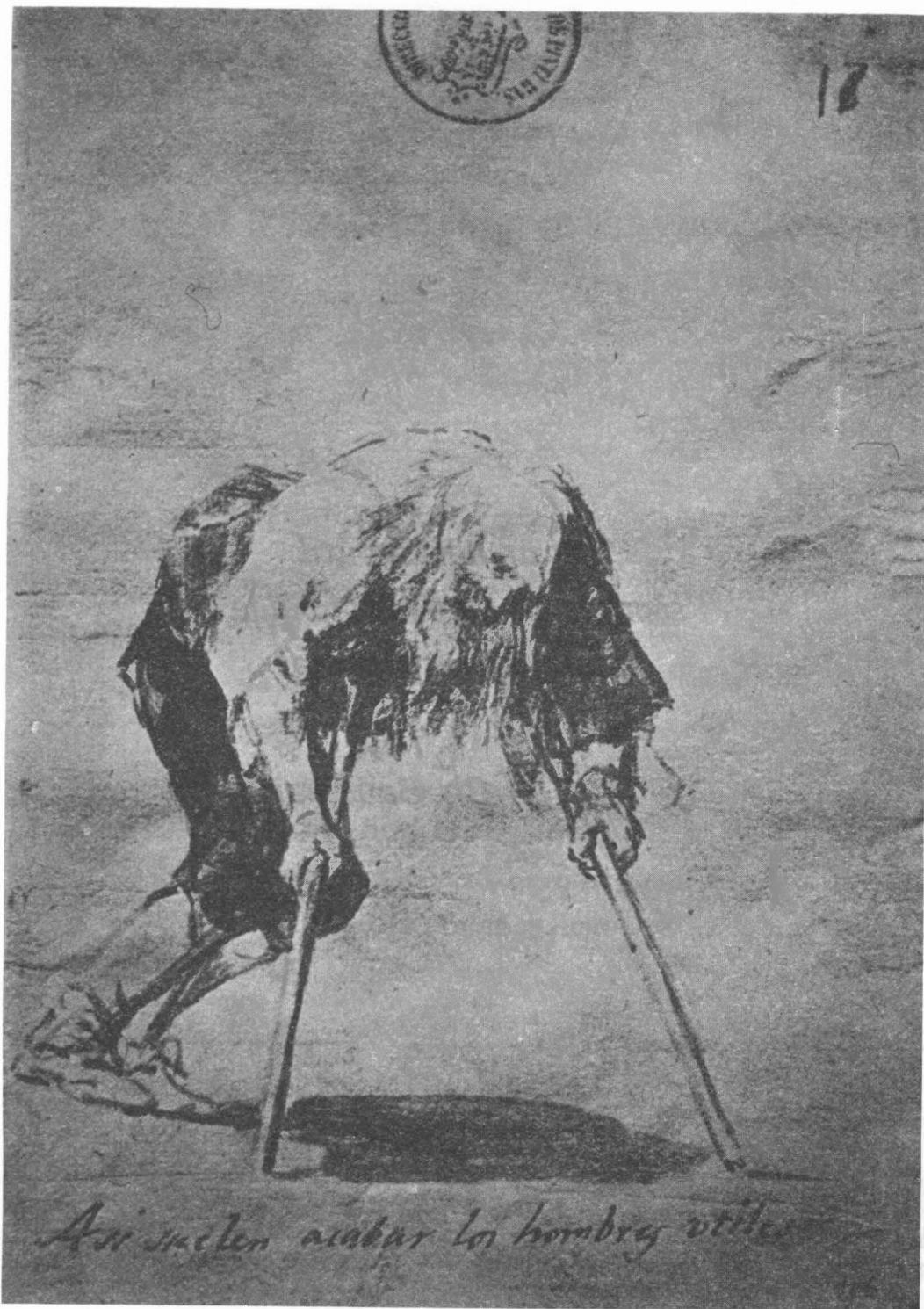
Becker: En relación con lo cual sin embargo, no se sabe todavía si las películas desenmascaradas de esta manera no irradian, en razón de motivos subterráneos que a usted le son bien familiares, una fuerza de atracción bien considerable, de manera que la industria cinematográfica quizás más bien se inclina de su parte a mirar el proceso de desenmascaramiento como una clase de propaganda que a querer eliminarla desde el principio.

Adorno: Pero se las puede desacreditar frente a los jóvenes.

Toda época produce las expresiones que le son apropiadas y muchas de estas expresiones, como por ejemplo cursilería o “desacreditar” son muy buenas. Yo abogaría de modo extraordinario por una educación del “desacreditar”.

Becker: Quisiera plantear todavía una cuestión que en este contexto me preocupa siempre de nuevo. Imaginémos por un momento que hiciéramos todo lo que hemos discutido hasta ahora: tendríamos un sistema escolar diferenciado en la cual la amplitud de las ofertas genera una correspondiente motivación para aprender, en el cual no se produce una falsa selección según falsos conceptos de talento sino un fomento de acuerdo con la superación de obstáculos sociales por medio de una educación de compensación, etc., y podríamos de esta manera, por decirlo así, aclarar ciertas premisas fundamentales para la mayoría de edad, haciendo lo mismo en la enseñanza de los oficios. Todavía queda la pregunta de si, incluso cuando sucede todo esto, el hombre ilustrado de esta manera y que se ha hecho concientemente crítico es, sin embargo, manipulado de alguna manera en su comportamiento y en su aparente mayoría de edad no es pues autónomo en el sentido en que se lo representó una vez en los comienzos de la Ilustración. Yo no creo de ningún modo que esto sea una objeción contra todo lo que hemos conversado. Pero es, por decirlo así, una advertencia de precaución frente al optimismo que posiblemente se vincula con ello. Quisiera solamente decir que también este hombre mayor de edad se encuentra en peligro –Usted llamó la atención sobre eso antes– de convertirse en un menor de edad.

Adorno: Quisiera subrayar enérgicamente este peligro. Y por cierto muy sencillamente por la razón de que no solo la sociedad tal y como es, mantiene a los hombres como menores de edad, sino porque ya todo intento serio por moverlos hacia la mayoría de edad –evito intencionalmente la expresión “educar”– se ve sometido a resistencias indescriptibles y porque todo lo malo en el mundo encuentra inmediatamente sus abogados elocuentes que le quieren probar a uno que precisamente lo que uno desea hacer hace mucho tiempo está superado o no es ya actual o es utópico. Quisiera concluir la conversación dándole a pensar a nuestros radioescuchas el fenómeno de que justamente en el celo de querer transformar demasiado ligeramente se reprime el que intentos de cambiar realmente a fondo en alguna dimensión particular nuestro mundo, inmediatamente son sometidos a la fuerza sobrepoderosa de lo establecido y parecen condenados a la impotencia. Quien quiere cambiar solo lo puede hacer probablemente si convierte *esta* misma impotencia y la suya propia en un momento de lo que piensa y quizás también de lo que hace ♪



Jacques-Louis David